

el mundo se encontraba envuelto. Becket renunció al cargo de canciller, habiéndole relevado el monarca expresamente de toda responsabilidad por su anterior gestión. Pronto, sin embargo, surgieron entre ambos graves diferencias: la manera de ejercer Tomás Becket sus derechos de soberanía feudal, el haberse negado á pagar los tributos por las tierras comprendidas en la demarcación de su iglesia, y sobre todo la lucha con motivo de la jurisdicción á que debían estar sometidos los clérigos que cometían delitos comunes, aumentaron el antagonismo entre el rey y su antiguo auxiliar, que á la sazón parecía querer combatir todos los derechos de la corona que antes como canciller había defendido. Con motivo de un caso especial, sentó el arzobispo el principio jerárquico de que los sacerdotes no podían ser juzgados por los laicos, lo cual era ponerse en abierta rebelión con el derecho político inglés. Los obispos, preguntados por el indignado monarca, contestaron que querían someterse á las antiguas costumbres, pero añadían á esto la cláusula, funestamente elástica, de que lo querían en cuanto se lo permitieran su estado eclesiástico y el honor de la Iglesia. Enrique II no tardó en contestar, pues á principios de 1164 reunió en Clarendon una asamblea de magnates del reino laicos y eclesiásticos y promulgó una serie de disposiciones de derecho político que, en armonía con las antiguas costumbres, confirmaban los derechos del Estado especialmente en lo concerniente á la jurisdicción sobre los sacerdotes. Tomás Becket, que en un principio se opuso á estas Constituciones de Clarendon, acabó por aceptarlas, pues tuvo que reconocer que no se trataba de un derecho nuevo sino del restablecimiento de un estado de cosas legal, alterado por los abusos. Desde entonces, sin embargo, Enrique II sintió invencible desconfianza hácia su antiguo favorito y convencido de que éste, á la primera ocasión, se pondría abiertamente al lado de los principios jerárquicos, procuró promover un conflicto que hubiese de dar necesariamente por resultado una sumisión ó un rompimiento. En la dieta celebrada en Northampton durante el otoño de 1164, estalló la tempestad que hacía tiempo venía amenazando. Mientras, en virtud de queja formulada por el arzobispo, hacía Enrique que un vasallo rebelde reconociera los derechos de soberanía feudal de éste, por otro lado, y fundándose en los mismos derechos que para sí había pretendido Tomás Becket, procedió contra éste y le condenó al pago de una crecida multa por haber faltado al cumplimiento de sus deberes feudales.

Que el rey solo quería obtener el objeto propuesto de inutilizar al sospechoso arzobispo, lo demuestra su conducta pérfida y poco digna de un rey al exigir de repente á Tomás Becket cuenta del desempeño de su cargo de canciller y de todas las sumas que durante aquel período habían pasado por sus manos. Cruzáronse entonces violentas explicaciones por ambas partes; pero ni la cólera del rey ni el celo rastro con que los magnates laicos y eclesiásticos defendieron el despotismo de Enrique, hicieron mella alguna en el ánimo del arzobispo, el cual, convencido de que su sumisión no produciría mas que nuevas exigencias, porque no se trataba de sus intereses personales ni de los del arzobispado de Cantorbery sino de una agresión contra la Iglesia, se puso como adalid de ésta enfrente del rey y sin cuidarse de la prohibición dictada acudió en apelación al Papa, como único juez supremo legítimo en estos asuntos. Después, temiendo un golpe de mano violento de parte del indignado monarca, huyó secretamente á Francia. El papa Alejandro, que, fugitivo también, se había refugiado en este país, no le dispensó la acogida que él esperaba, y dió al arzobispo suficientes motivos para quejarse de la tibieza de la curia que le dejaba desamparado. Esta veía con desagrado la lucha eclesiástica

inglesa, pues el rey de Inglaterra y el de Francia eran los principales apoyos de Alejandro III en las contiendas con el emperador Federico I, y era de temer que Enrique II, accediendo á las proposiciones del Staufén, se pasara al anti-papa imperialista. Una alianza anglo-alemana, tal como se la propuso el embajador Reinaldo de Colonia á Enrique II y á la dieta de Wurzburg (1), hubiera sido la ruina de Francia. Esto explica la política tibia y débil por la curia seguida en la contienda religiosa inglesa: como no se quería empujar al Plantagenet á resoluciones extremas, dió la curia muestras para con él de una benignidad que excedía de toda medida, tolerándole á él y á sus partidarios cosas que á otros les hubieran valido la excomunión y el entredicho: todo esto, por supuesto, á pesar de las excitaciones y de las quejas de Tomás Becket y del grupo de celosos partidarios de la Iglesia que con él estaban. Por eso la excomunión que Tomás lanzó contra el rey el domingo de Ramos del año 1169 en castigo de haber atentado á los bienes de la iglesia de Cantorbery, no tuvo el éxito que se había creído, antes al contrario la curia redobló sus esfuerzos por llegar á una avenencia, que si en definitiva pudo conseguir fué porque las desgracias que sobre el emperador pesaban desde 1167 quitaron todo valor á la alianza con éste aun á los ojos del mismo Plantagenet y arrebataron toda probabilidad de triunfo al anti-papa imperialista. Enrique II cedió, pero no hizo concesión alguna en punto á principios. El propio Tomás Becket consideró simplemente como una tregua la avenencia conseguida en julio de 1170 por el Papa. En ambos subsistía la antigua cólera: el uno desconfiaba del otro y esperaba poderse indemnizar algún día de las humillaciones sufridas, habiéndose el monarca negado, en la entrevista de Tours, á dar el ósculo de paz al arzobispo. Así que cuando Tomás regresó, á fines de 1170, á Cantorbery, todo el mundo esperaba ver renovarse la lucha: allí tenía el arzobispo á todos sus enemigos harto apasionados que en el restablecimiento de su autoridad veían la pérdida de la dicha á costa suya conquistada, y que intencionalmente daban pábulo á la desconfianza del rey. Este, en una de sus conversaciones, se lamentó malhumorado de la cobardía de sus hombres, de los cuales no había uno solo que se atreviera á vengar en la persona de aquel clérigo el ultraje inferido á su rey: palabras funestas que algunos servidores demasiado celosos interpretaron como una excitación directa á un hecho sangriento. Tomás Becket presagiaba lo que iba á acontecer: el hijo del rey, á quien debía coronar, se negaba á verle, y los partidarios del rey le mortificaban, le provocaban y se mofaban de sus derechos; en vista de lo cual, el día de Navidad del año 1170 lanzó nueva excomunión contra los principales culpables. Hízose entonces inminente la catástrofe.

A poco de haber escuchado las citadas palabras del malhumorado monarca, dirigiéronse apresuradamente desde Normandía á Inglaterra, con el propósito de poner término al asunto, cuatro barones, al frente de los cuales figuraba el salvaje Reginaldo Fitzurse, antiguo enemigo de Tomás Becket. Indignados por la excomunión que entretanto había éste lanzado, penetraron, al anochecer del día 29 de diciembre, en el palacio arzobispal, fingiéndose portadores de un mensaje del rey. En actitud amenazadora exigieron el levantamiento de las censuras eclesiásticas, y habiéndose negado á ello Tomás Becket, cruzáronse frases violentas que dieron pretexto á los caballeros para echar mano á las armas. Cuando las cosas amenazaron llegar á este extremo, el obispo, á pesar de resistirse á ello, fué llevado por su aterrizada corte á la catedral, que estaba contigua al palacio, pero prohibió

(1) Véase la parte primera.

que se hiciera ninguna resistencia. Pronto estuvieron sus enfurecidos perseguidores delante de él en el sagrado recinto. Tomás, con la cabeza orgullosamente levantada, rechazó el dictado de traidor que le dieron y ni siquiera en presencia de las desenvainadas espadas quiso absolver á los excomulgados. Entonces los agresores se arrojaron sobre él, promoviéndose una escena horrorosa. En vano intentaron los caballeros arrastrar á su víctima fuera del templo para darle muerte: mientras los sacerdotes allí presentes huían aterrizados, infirieron á Tomás profundas heridas en la cabeza y en el cuello, hasta que cayó exánime entregando su alma al Señor. Una violenta cuchillada partió el cráneo del que yacía muerto en el suelo, y los asesinos salieron del templo prurriendo en gritos de triunfo por la muerte del traidor.

Las consecuencias de este hecho sangriento fueron, sin embargo, las que menos se esperaban. El pueblo inglés horrorizado suspiró como si sobre él pesara un crimen de sangre: el martirio y muerte de Tomás Becket tuvieron como compensación el robustecimiento de los sentimientos religiosos aun mas allá de las fronteras de Inglaterra. La Iglesia contó con un santo mas y adquirió mayores fuerzas enfrente de un rey cargado con tan grave culpa. Enrique II reconoció con espanto cuán funesta había sido su impremeditada frase, que parecía volverse de un modo terrible en contra suya. Los partidarios del santo le acusaban de haber sido el causante moral del asesinato. Si la curia romana atacaba en este sentido á Enrique, fácilmente podían venir al suelo la soberanía de éste y la de la dinastía Plantagenet. No solo los descontentos barones de las provincias francesas sino el mismo rey de Francia se hubiera prestado con júbilo á ser el ejecutor de una sentencia condenatoria del Papa. Era preciso, pues, evitar esta contingencia, y por eso el rey se apresuró á protestar de su inocencia, enviando con este objeto solemnes embajadas á Roma y manifestándose dispuesto á cumplir cualquier penitencia que la Iglesia le impusiera. Alejandro III fué bastante prudente para aprovecharse con moderación de la ventaja que le proporcionaba la muerte de Tomás Becket, á quien la curia había dejado sin defensa. Muy pronto fueron recibidos con grandes honores en Inglaterra los embajadores enviados por el Papa, ante los cuales se purificó Enrique jurando solemnemente que ninguna participación había tenido en la muerte del mártir, y aceptando obediente las condiciones de paz que se le imponían. Estas no eran nada llevaderas, y de haber regido perpetuamente hubieran perjudicado en extremo al Estado y á la monarquía de Inglaterra. Como penitencia, Enrique se obligó no solo á dar y mantener doscientos caballeros para luchar contra los infieles de los Santos Lugares, sino también á pasar él mismo tres años en Oriente como defensor de la cruz. Las Constituciones de Clarendon fueron expresas y formalmente derogadas, á pesar de que solo habían puesto de nuevo en vigor antiguos derechos; y á los sacerdotes ingleses se les permitió desde aquel momento dirigirse libremente á Roma.

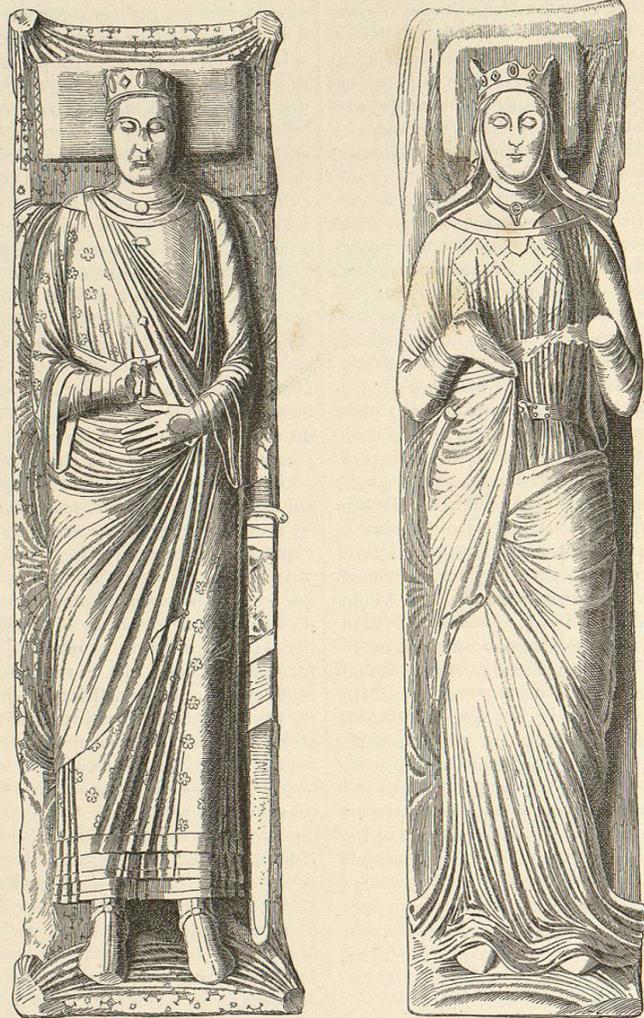
Parecía como que el asesinato del arzobispo de Cantorbery hubiese eclipsado la buena estrella de la dinastía de los Plantagenet. La guerra con Irlanda, á pesar de los primeros triunfos, no había terminado, y amenazaba tener ocupadas durante algunas generaciones las fuerzas de la aristocracia inglesa. El rey se vió herido en sus mas caras afecciones en el seno de su propia familia: su esposa Leonor, celosa del rey, que se entregaba á aventuras amorosas, y privada de la influencia política que su ambición codiciaba, excitó pérfidamente la ambición de su inquieto primogénito Enrique, el cual, además de la corona real que había recibido, quería poseer el poder á ella correspondiente y pensaba, en su consecuencia, arrebatar á su padre una parte del reino. De tener

estos planes buen resultado, nadie hubiera salido tan ganancioso como Luis VII de Francia, con cuya hija se había casado el joven Enrique. Este, contando con el auxilio de su suegro y olvidando sus deberes filiales, en la primavera del año 1173 huyó por el canal y reconocido en Francia como rey tremoló la bandera de la rebelión contra su padre. Los barones descontentos acudieron en gran número á juntarse con él, esperando que en esta contienda podrían satisfacer sus salvajes apetitos. Los hijos menores del rey, Ricardo y Godofredo, hicieron muy pronto causa común con el rebelde, y si Leonor no les imitó fué porque al tratar de huir al continente se vió detenida y encarcelada. La soberanía de Enrique II vióse también amenazada en Inglaterra, cuando los rebeldes consiguieron la ayuda de los escoceses. El rey se encontraba en una situación cada día mas apurada, á pesar de su enérgica resistencia, para la cual había tenido que recurrir á los mercenarios. En todo esto vieron algunos, — y no solo los veneradores del mártir de Cantorbery, — un castigo del cielo por la injusticia por Enrique cometida con el santo, que todavía no había sido completamente purgada. El rey comprendió la necesidad de buscar por este lado una paz perfecta, y con este objeto, en julio de 1174, emprendió como penitente una peregrinación á Cantorbery, haciéndose azotar junto á la tumba del santo, y pasando en ella devotamente arrodillado la noche en oración, para ser solemnemente absuelto al siguiente día (13 de julio). En efecto, desde aquel momento la suerte volvió á serle propicia: los escoceses fueron derrotados en sangriento combate, siendo hecho prisionero su rey Guillermo, que no recobró su libertad hasta después de haber reconocido la soberanía inglesa. En el otoño de 1175 los hijos rebeldes se vieron precisados á implorar el perdón de su padre, sometiéndose uno tras otro todos sus consejeros y cómplices. Esto no obstante, Enrique tuvo que presenciarnuevamente otro espectáculo análogo. Habiendo favorecido al partido de su hijo primogénito en sus contiendas con los hermanos menores, estalló en las comarcas francesas del Plantagenet, en 1183, una terrible lucha, y cuando el rey se reconcilió con Ricardo, que á pesar de una heroica resistencia estaba próximo á sucumbir, Enrique y Godofredo, aconsejados por el trovador caballeresco Beltran de Born, se rebelaron abiertamente contra él. Diezmada por suicidas luchas de familia, la dinastía de los Plantagenet parecía amenazada de inminente ruina. A la prematura muerte del joven rey Enrique, ocurrida durante estas luchas, los rebeldes, privados de caudillo, se redujeron á la obediencia. Sin embargo de esto, la casa real distó mucho de gozar de paz y de unidad, contribuyendo en gran parte á ello la ciega predilección que el monarca mostraba por su hijo menor, Juan. Mientras Ricardo, siguiendo sus brutales y poco regios impulsos, se enredaba en sangrientas luchas, Godofredo, presa de cólera, salió de la corte de su padre y falleció en tierra extranjera, en París, en 1186, precisamente cuando quería indicar al ambicioso Felipe II Augusto el camino para una invasión en el reino paterno. El anciano rey, que después de una vida sin descanso estaba ansioso de tranquilidad, tuvo que sufrir uno tras otro tan rudos golpes. Ricardo, para impedir que Juan fuese proclamado sucesor al trono como se había proyectado, se unió al soberano francés: Enrique se veía atacado por todos lados y presenciaba como una ciudad tras otra y una tras otra comarca caían en poder del enemigo. Pero cuando contempló en las filas enemigas á su mimado predilecto, por cuya causa había atraído sobre sí todos estos cuidados y conflictos, renunció á continuar la lucha y firmó con los rebeldes, aliados de Francia, una paz vergonzosa que puso en peligro la obra de toda su vida. Por este pacto quedó asegurada la sucesión á Ricardo, pero también fué reco-

nocida la soberanía feudal de Francia sobre las posesiones francesas de los Plantagenet.

Lo que con tanto trabajo había edificado Enrique II venía abajo por las luchas de sus hijos. Por lo tanto, este monarca herido en sus más caros afectos, amargada su existencia, aislado, ¿merecerá censuras por haber muerto pronunciando una maldición contra sus desnaturalizados hijos? Una suerte

fatal parecía pesar sobre Inglaterra. ¿Qué había de esperarse de la feroz afición de Ricardo a las aventuras? ¿qué de la falsía del tiránico Juan? El hecho de que Inglaterra pudiera resistir aquella crisis y de que después de una feliz renovación interior pudiese, siguiendo la política trazada por el primer Plantagenet, llegar rápidamente a ser un grande y poderoso Estado, es la mejor prueba de la bondad y grandeza



El rey Enrique II de Inglaterra († 1189) y su esposa Leonor de Guena († 1204).

Monumento sepulcral de los reyes ingleses en el convento de Fontevault, fundado en el departamento francés del Maine y Loira en 1094

de la obra de Enrique II y de cuán fuertemente había sabido consolidar los vínculos relajados del Estado. A él y a las formas por él creadas se deben los elementos más importantes que determinaron el desenvolvimiento de Inglaterra durante el siguiente y trascendental período. A él debe Inglaterra su administración de justicia unificada y centralizada que, a pesar de la creciente influencia de los eruditos juristas, nunca perdió la cohesión con la vida jurídica popular. En frente de la poca confianza que los barones inspiraban y de lo funesto del sistema de mercenarios, logró conquistar para la corona un nuevo apoyo militar con los anglo-sajones, cuyas

fuerzas reanimó. A esto, en efecto, tendía la disposición dada por Enrique II en 1181 en virtud de la cual todo poseedor de un feudo noble y todo poseedor de un franco alodio laico que tuviera bienes muebles o una renta de 16 marcos (sesenta pesetas) debía usar siempre una armadura de hierro; todo poseedor de un franco alodio que poseyese 10 marcos de renta (12 pesetas 50 cént.) podía usar coraza, casco y lanza; y todo poseedor de un franco alodio que poseyera menos renta podía llevar en vez de coraza un jubón de defensa, piezas todas que no podían ser enajenadas ni empeñadas. Esta disposición destruyó el sistema represivo empleado por los

normandos contra los anglo-sajones y preparó la reconciliación y mezcla de éstos con la raza gobernante. A esta innovación vino a añadirse otra: hasta entonces, solo por vía de excepción había el rey recibido el pago de una cantidad de dinero en vez de los servicios que le eran debidos: con Enrique II se hizo usual hasta llegar a ser regla general esta percepción del llamado dinero del escudo (*scutagium*), con lo cual la administración de la hacienda pública alcanzó mayor importancia y la uniformidad de los funcionarios puestos a disposición de la hacienda con su organización rígida y fiscalización honrada contribuyó poderosamente a unificar el conjunto de la administración del Estado. En esto estriba la importancia del tesoro inglés, que se remonta al tiempo de los normandos, del *Echiquier* ó *Exchequer-Court* que fué, en la época de Enrique II, la piedra angular de toda la organización pública.

El gobierno de Enrique II señala también un período de transición en cuanto durante él aparecieron en primer término nuevos factores que sirvieron de norma y que en lo sucesivo ejercieron gran influencia en la organización del sistema político inglés. Los magnates del reino habían significado para el primer Plantagenet mucho más que para sus antecesores, pues como el primero subido al trono por virtud de un pacto político concertado por mediación de los magnates laicos y eclesiásticos, éstos aparecen aconsejando, acordando, asintiendo y reconociendo, es decir, interviniendo en los actos más importantes de su gobierno. Las audiencias en corte se convirtieron en dietas periódicas, y como éstas entendían en los asuntos más trascendentales, los magnates que en ellas tomaban parte alcanzaron cierta categoría de Estados del reino que les permitía ejercer una fiscalización en el gobierno. Además, el conflicto con Tomás Becket había hecho estallar el antagonismo latente que existía entre el Estado feudal normando y la Iglesia jerárquicamente organizada. La monarquía militar había perdido una importante posición, pues en principio había tenido que reconocer las pretensiones del clero relativas a una jurisdicción independiente del Estado, por más que en tiempo de Enrique II se hubiera observado generalmente el antiguo sistema. Era solo cuestión de tiempo el que la Iglesia quisiera hacer valer prácticamente y ejercer sus derechos, y la ocasión para esto debía llegar cuando un Papa enérgico viera que por un uso poco prudente ó arbitrario de la autoridad que de hecho había sido dejada entonces al rey, se reavivara el conflicto que parecía desvanecido. ¿Qué había, pues, de suceder si los barones, constituidos en Estados del reino, se unían en este caso a la Iglesia para ir contra la monarquía? Esto fué lo que sucedió en tiempo del segundo sucesor de Enrique II.

#### CAPITULO IV

INGLATERRA DURANTE LA ÉPOCA DE LA LUCHA CONSTITUCIONAL

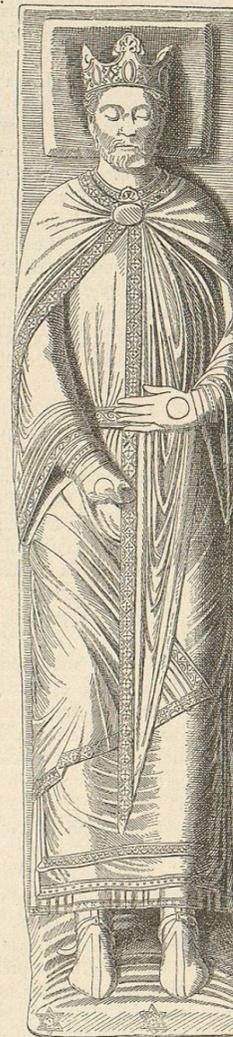
(1189-1327)

Maldiciendo a sus hijos, que en luchas suicidas destruían las grandes conquistas realizadas durante una vida de trabajos y que comprometían el porvenir de su dinastía, murió Enrique II, fundador del Estado inglés. Esta maldición pareció realizarse de un modo terrible: a la muerte de Enrique siguió una época de gravísimas convulsiones interiores y de peligros exteriores que amenazó a Inglaterra con una completa ruina. La organización política eminentemente centralizadora dada a su Estado por Enrique, el cual, a pesar de su carácter absolutista, se había esforzado por seguir la senda de la legalidad, vióse funestamente explotada por Ricardo I,

ESTADOS DE OCCIDENTE

ganoso de aventuras, para convertirse después, en manos de un egoísta y brutal tirano incapaz de impulso noble alguno, en un azote tan intolerable para el país y para el pueblo, que la misma dominación francesa llegó a ser mirada como una redención.

En la persona del gigantesco Ricardo, de dorados rizos y sin rival en todas las artes caballerescas, cuyo valor indo-



Monumento funerario de Ricardo I Corazon de Leon, en el convento de Fontevault

mable, insensato y no dirigido por mira alguna elevada solo en aquella época podía ser objeto de admiración en Occidente y en Oriente, parecían resucitar los antiguos wikingos normandos; pero este héroe tan aficionado a la lucha no era a propósito para gobernar un reino que atravesaba por tan complicadas y difíciles circunstancias políticas. Habiéndose criado en medio del desorden de amorfos y cantos y de una vida de bandolerismo y de luchas envuelta en cierta aureola de caballería, como la que entonces dominaba en el Sur y en el Oeste de Francia, apenas poseía una sola de las